

POSTMODERNIDAD Y EDUCACIÓN: ¿QUÉ ESTÁ EN JUEGO?

José Olimpo Suárez M.

Universidad de Antioquia.

En este ensayo deseo presentar una interpretación del pragmatismo defendido por el profesor Richard Rorty como una variante más del cambio cultural denominado "Postmodernidad". El objetivo de esta interpretación es señalar el carácter no apocalíptico de tal discurso, es decir, no se trata de ver en estos cambios culturales ni la aceptación de un irracionalismo total ni la promoción de un relativismo cultural siempre sospechoso de ser un mal ético y social. A fin de canalizar mi objetivo, trataré este asunto en la dimensión particular de la relación entre filosofía pragmática y filosofía de la educación en su más amplio sentido. En esta interpretación trataré, finalmente, de identificar y comentar algunas afirmaciones rortianas sobre el sentido de la filosofía y el pensamiento crítico que nos permitan encarar los temores expresados por el profesor John Searle sobre el posible irracionalismo ofrecido por los postmodernos en el campo de la educación. Como es sabido, el profesor Searle expresa sus dudas sobre el pensamiento postmetafísico en un célebre texto titulado "Rationality and Realism: What is at stake?"¹, donde acusa a T. Kuhn, J. Derrida y R. Rorty de ser enemigos del racionalismo y promotores de una actitud anticientífica y relativista. El argumento del profesor Searle se centra en señalar que los cambios propuestos por estos tres autores no tocan una u otra versión de la verdad o una u otra teoría de la realidad. No, para el profesor Searle se trata en realidad de un cambio político en la perspectiva general de la cultura. Con esta crítica se abandonarían de plano las tres grandes determinaciones del Racionalismo Moderno, estos tres valores, como es sabido, son: 1) La teoría de la ciencia basada en una metodología rigurosa, 2) La experimentación como criterio de objetividad, y 3) La capacidad de autocritica. En suma, el profesor Searle cree que en la cultura postmoderna se pasa de la defensa de un dominio de investigación a una cultura de aceptación de una o varias causas teóricas. No se trataría en esta perspectiva de ofrecer nuevos dominios teóricos para enfrentar enigmas científicos, sino de erigir campos políticos donde los intereses son aquellos propios de los militantes ideológicos tradicionales, en particular el acceso al poder del discurso. Retomando mi afirmación inicial, reitero que mi lectura de la obra rortiana no presentaría tal cariz apocalíptico y reaccionario a pesar de reconocer que algunas de las tesis del profesor Searle son razonables.

A fin de establecer un marco conceptual lo suficientemente amplio para desarrollar mi tesis, optaré inicialmente por confrontar dos de las muchas y posibles definiciones

¹ Searle, John. *Rationality and Realism, what is at stake?*. En: *Dedalus*, Automne, 1993, p. 55-83.

ofrecidas sobre el sentido de la "postmodernidad". En primer lugar, consideremos la opinión elaborada por el profesor José María Mardones cuando afirma: "La postmodernidad dice adiós al ideal moderno de la fundamentación y los grandes principios fijos, para abrirse a una nueva 'episteme' postmoderna de la indeterminación, la discontinuidad, el desplazamiento y el pluralismo"². A su vez, retengamos la caracterización ofrecida por el profesor A. Wellmar sobre el sentido de la postmodernidad que se lee como sigue: "La postmodernidad es un movimiento de desconstrucción y desenmascaramiento de la razón ilustrada como respuesta al apoyo modernista y su consiguiente fracaso. Y que esa desconstrucción expresa: a) El rechazo ontológico de la filosofía occidental; b) una obsesión epistemológica con los fragmentos y fracturas; y c) un compromiso ideológico con las minorías en política, sexo y lenguaje. Esta teoría de desconstrucción la personifican hoy Derrida, Foucault, Deleuze y otros"³. Estas dos caracterizaciones que globalmente pueden ser aceptadas guardan, sin embargo, una diferencia particularmente importante para nuestros propósitos: en la definición del profesor Mardones se propone el paso de la modernidad a la postmodernidad como un mero cambio de "episteme". esto es justamente lo que la segunda definición no hace, y que en definitiva será lo que criticará el pragmatismo rortiano. No se trata de crear alternativas epistémicas a las tareas filosóficas tradicionales, sino como se dirá: "mejor sería dejarlas de lado". No se trata de confrontar criterios sobre la realidad para saber cuál metodología sería más adecuada a esa realidad, sino que se abandonará esta pretensión y se abogará por la creación de nuevas descripciones del mundo sin creer que una particular posea un rango superior a las demás. Aquí, naturalmente, se está criticando la preeminencia de la epistemología como núcleo de las tareas filosóficas propias de la modernidad occidental.

Es importante retener este matiz, pues esto hace la diferencia de interpretaciones. En efecto, el pragmatista insiste enfáticamente en señalar que su propuesta no se debe enmarcar en un discurso epistémico tradicional, donde la verdad sea entendida como mero "reflejo" del mundo exterior y donde sólo los más inteligentes, los más ilustrados o los poseedores y guardianes de un método exclusivo puedan acceder a la posesión de la verdad. Desde esta perspectiva tendríamos que decir como el profesor Searle que se aboga por un abandono de la verdad, pero agregando, a renglón seguido, que se trata del abandono de una versión de la verdad, no de su búsqueda ni de su concepto.

Establecido el marco de la postmodernidad, daremos paso a algunas de las tesis pertinentes del profesor Rorty mediante las cuales nos acercaremos al sentido que toman en su propuesta los conceptos de filosofía, razón y educación. La primera afirmación rortiana nos ofrecerá el tono de la discusión: "Dudo, dice el profesor Rorty, acerca de la relevancia de la filosofía sobre la educación. No estoy seguro de que la filosofía pueda hacer mucho

2 Mardones, José María. ¿Qué es la postmodernidad?. En: *Cuadernos de Orientación Familiar*. # 44, p. 11. 1989. Madrid.

3 Wellmar, A. Citado en: Pico, J. *Modernidad y Posmodernidad*. Madrid: Alianza Universitaria, p. 39-40

por la educación... Lo mejor que los filósofos pueden hacer es desarrollar una deseable retórica para representarnos una nueva práctica haciendo de ella algo deseable”⁴. Tales afirmaciones pueden resultar descorazonadoras para los filósofos y los educadores, sin embargo, si las contextualizamos abandonaremos tal percepción inicial.

Como es sabido, el escepticismo rortiano se extiende mucho más allá del dominio propio de la educación. Se trata de una crítica a la filosofía entendida como epistemología, modalidad que había dominado el escenario cultural desde Descartes y que se habría afianzado con todo su poder a partir de la obra kantiana sobre la que erigió buena parte del pensamiento moderno. Según esta tradición, el objetivo de la filosofía habría consistido en considerar como su más importante tarea el estudio de la naturaleza de los procesos mentales y los grados de la actividad representativa de la realidad exterior. Conocer es, entonces, poder representar la realidad con exactitud, objetividad y neutralidad. La educación liberal desarrollada sobre la idea moderna de la filosofía presupone pues unos procedimientos a fin de unificar el conocimiento y las prácticas pedagógicas. El presupuesto básico tanto de la filosofía como de la pedagogía fue entonces la aceptación acrítica del “realismo metafísico”. Este tipo de presupuesto ontológico postula una realidad ahistórica y eterna que, enfrentada a la actividad humana, sólo se deja captar a través de la observación de unos estándares metodológicos que se califican de “racionalidad” y frente a los cuales cualquier otra opción de acceso a lo real simplemente se califica de “irracional”. A los ojos del pragmatista rortiano, tal modalidad de conocimiento es una demanda inhumana, pues viola la jurisdicción de la razón en tanto enfrenta a los seres humanos, limitados y contextualizados históricamente, con un objeto eterno, inmutable y trascendente. Siguiendo esta línea argumental, tendríamos que decir que todo el proyecto pragmatista es una especie de reconsideración de los conceptos tradicionales de la cultura bajo una perspectiva no-esencialista. Este enfoque es el que mayor resquemor causa a los filósofos formados en la tradición racionalista, pues ello supondría el rechazo a ideas o teorías muy caras a nuestra tradición. Tal es el caso de la puesta en duda de una supuesta “esencia humana” que se cree conocer a priori, desconociendo así los procesos de socialización de esos seres humanos. Para el pragmatista, la aceptación de la supuesta esencia humana marcaría en buena parte la forma y el estilo de la educación, pues ello supondría que se conoce, en el orden científico, el verdadero sentido de la vida humana, cerrando posibilidades a las alternativas de la vida proteica y abierta a las decisiones sociales e individuales nunca totalmente determinadas por leyes físicas ni morales.

Igualmente, se puede observar cómo el pragmatismo anti-esencialista discute, en particular con los denominados “comunitaristas”, la existencia o no de teorías comprensivas del bien como condiciones necesarias para elaborar una teoría social. Naturalmente, el pragmatista descrece de tal tesis y aboga por un liberalismo sin fundamento metafísico al modo como lo ha propuesto el profesor John Rawls.

4 Rorty, Richard. Citado en: Okshevsky, Walter. *Richard Rorty on the power on philosophical reflection and the pragmatist conception of critical thinking. Educational Theory*, 1997, p. 1.

Ahora podemos comprender el sentido de las afirmaciones rortianas sobre la no pertenencia de la filosofía tradicional para la educación. Se impone abandonar la tradición epistemológica de la filosofía, que sólo podrá llevar a los seres humanos a enfrentarse permanentemente con una especie de “ansiedad cartesiana”, que les obligaba a la búsqueda interminable de la certeza imposible de alcanzar. Pero, a su vez, si se abandona esta búsqueda interminable de la certeza se pondrán en evidencia los dos grandes peligros de la filosofía tradicional: el escepticismo y el irracionalismo. Perderían, por llamarlo así, el escenario de su actuación y perderían toda su terrible amenaza sobre la cultura. En efecto, tanto el escepticismo como el irracionalismo sólo toman forma y poder en un marco determinado de racionalidad donde se establecen los criterios para decidir los límites del pensar humano. Lo que el pragmatista defiende, sin temor a caer en la desesperanza ni en la anarquía, es el cambio de tal marco conceptual ofreciendo uno donde los criterios de racionalidad estén sancionados socialmente, en últimas, contextualizados. Para ser más precisos: no se trata de ofrecer un nuevo marco conceptual sino de aceptar que el lenguaje de los seres humanos no es una simple aproximación al lenguaje verdadero de la naturaleza o de la historia. Se trata del abandono de la teoría del “ojo de dios” como acceso privilegiado para comprender la verdad.

Lo que el pragmatismo postmoderno está proponiendo es el abandono de ese punto de vista según el cual la razón se toma como un “único canon”, que la ha convertido en un auténtico juez de los productos de la cultura ofreciendo por el contrario la posibilidad de aceptar otros criterios epistémicos y culturales para interpretar la vida humana. Esto quiere decir en definitiva recuperar y afianzar la tesis wittgensteiniana según la cual el conocimiento es una actividad contingente en la medida en que se inserta en el dominio de los “juegos de lenguaje” y de los “vocabularios contextualizados”. No se trata de abandonar la filosofía ni la razón, se trata de contextualizarlas en el marco de las prácticas sociales y lingüísticas propias de los seres humanos, por ello el profesor Rorty señala que:

“El mundo no habla. Sólo nosotros lo hacemos. El mundo, una vez más que nos hemos ajustado al programa de un lenguaje, puede hacer que sostengamos determinadas creencias. Pero no puede proponernos un lenguaje para que nosotros lo hablemos. Sólo otros seres humanos pueden hacerlo. No obstante, el hecho de advertir que el mundo no nos dice cuáles son los juegos del lenguaje que debemos jugar, no debe llevarnos a afirmar que es arbitraria la decisión acerca de cuál jugar, ni a decir que es la expresión de algo que se halla en lo profundo de nosotros. La moraleja no es que los criterios objetivos para la elección de un léxico deban ser reemplazados por criterios subjetivos, que haya que colocar la voluntad y el sentimiento en lugar de la razón. Es, más bien, que las nociones de criterio y de elección (incluida la elección arbitraria) dejan de tener sentido cuando se trata del cambio de un juego de lenguaje por otro”⁵.

La superación de la filosofía sistemática, en la que la educación quedaba constreñida a la búsqueda de una verdad ahistórica, es entonces reemplazada por una propuesta más modesta: entender ahora la filosofía como un “diálogo de la humanidad” y por ello la

5 Rorty, R. *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Madrid: Editorial Tecnós, 1994, p. 26.

pedagogía como un “entrenamiento en el pensamiento irónico”. Este tipo de educación fundamenta la tarea cognoscitiva como una actividad tolerante y pluralista, pues se ha abandonado la perspectiva esencialista de la filosofía. Hemos aquí en el corazón de la tradición creada por John Dewey para quien la educación, como la filosofía, debían comportar un carácter “edificante” que permitiese a los seres humanos conocerse más profundamente y a la vez buscar su propia perfección en términos de “realización”. Para Dewey, los seres humanos nos inscribimos siempre en contextos de incertidumbre que nos obligan a formar juicios de acción en los que debemos entrenar la voluntad a fin de calcular los resultados de nuestras decisiones, individuales y colectivas; lo que a la postre nos lleva al reconocimiento explícito de la responsabilidad individual ante la comunidad.

Dewey, al lado de Wittgenstein y Heidegger, es considerado por el profesor Rorty como uno de los grandes pensadores contemporáneos que se opusieron a la filosofía sistemática tradicional, proponiendo para ello, en el caso de Dewey, una pedagogía civilista en la que la apertura racional a otros discursos permite salvarnos del dogmatismo ideológico, y a la vez impide lo que en términos de Feyerabén se conoce hoy como el “anything goes”, en la medida en que se reclama la responsabilidad individual enmarcada en la componente educativa social. No se trata de abogar por un pensamiento crítico que se atenga al mero rechazo sin profundización, sino muy por el contrario, se refuerza la idea de la aceptación de valores contextualizados que se toman como criterios de racionalidad, abiertos siempre a su propia redescipción. Para Dewey la filosofía de la educación, como creadora de marcos de acción conductual, comporta dos rasgos definitivos: de un lado, dispone de una dimensión estética, pues considera que el trabajo del pedagogo es como la del artista que intenta dar forma a un material dado; y por otra parte, comporta un aspecto crítico en tanto que intenta evaluar y comprender los conflictos humanos. Estos presupuestos sobre la pedagogía serán retomados por el pragmatismo rortiano en la actualidad. El pluralismo pragmatista se erige, a su vez, como base de una educación abierta y responsable que se opone a la “profesionalización” académica generada en la filosofía sistemática tradicional y que ha dejado a un lado, a ojos de Dewey y Rorty, los verdaderos problemas de los hombres y sus vidas para concentrarse en una disputa técnica sobre quién posee mejores instrumentos para acceder a la realidad última. Frente a tal actitud profesionalizante, el profesor Rorty propone un “conductismo epistemológico” que justifica el conocimiento a partir de la validación social, creando así una pluralidad de discursos que compiten en igualdad de condiciones culturales para buscar su reconocimiento:

“Explicar la racionalidad —afirma el profesor Rorty— es considerado como una especie de holismo. Afirmo que si entendemos las reglas de un juego lingüístico, entenderemos todo lo que hay que entender sobre las causas por las que se hacen los movimientos en ese juego lingüístico”⁶.

De esta forma, hemos sido conducidos de la mano de Dewey y Rorty al reconocimiento de un pragmatismo pluralista que no puede ser considerado como un mero irracionalismo ni

6 Rorty, R. *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*. Editorial Cátedra. 1989, p. 165.

como un relativismo cultural en sentido tradicional. Pero podemos aún convalidar esta perspectiva recurriendo a la evaluación del concepto de "hermenéutica", que desarrolla el profesor Rorty a partir del reconocimiento de la pluralidad de discursos.

Digamos de entrada que una distinción particularmente interesante establecida por el profesor Rorty entre los discursos es la que separa los discursos conmensurables o normales de los discursos inconmensurables o anormales. Los discursos normales son aquellos que representan la asunción de una racionalidad compartida en términos de categorías válidas, mientras que en los discursos anormales la racionalidad se define en términos de buena voluntad hacia un tipo de léxico o vocabulario particular. Se está aquí rechazando la idea tradicional según la cual, la epistemología representa una actitud intelectual seria, rigurosa y analítica, mientras que la hermenéutica es tomada como la consideración de los discursos subjetivos, no rigurosos. La diferencia entre estos discursos no es una asunción ontológica ni una disposición epistémica especial, se trata simplemente de una diferencia de grado en la comprensión, por ello:

"Desde este punto de vista, la línea divisoria entre los respectivos dominios de la epistemología y la hermenéutica no consiste en la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre, ni entre hecho y valor, ni entre teórico y práctico, ni entre conocimiento objetivo y algo más viscoso y dudoso. La diferencia es cuestión de familiaridad, simplemente. Seremos epistemológicos donde comprendamos perfectamente bien lo que está ocurriendo. Tenemos que ser hermenéuticos cuando no comprendemos lo que está ocurriendo".⁷

Para el profesor Rorty, entonces, ambas perspectivas son igualmente válidas. La tensión entre ambos tipos de discursos es una alternativa frente al escepticismo y al dogmatismo en el contexto de lo que se ha denominado "la conversación de la humanidad". Esta conversación puede ser aproximada a los conceptos de "educación" en Dewey, o bien al concepto de "*bildung*" de Gadamer.

En efecto, según la lectura que realiza el profesor Rorty de *Verdad y Método* de Gadamer, éste estaría básicamente redefiniendo lo que se debería entender por ser "un ser humano". Pero no es éste el lugar adecuado para evaluar una tal lectura. Retengamos el esquema general de la relación entre epistemología y hermenéutica en la versión pragmatista. El estudio de las relaciones entre un grupo de categorías como verdad, justificación y certeza consiste en la evaluación de cómo ellas funcionan en el marco de una forma de vida denominada "conocimiento", sin que por ello se puedan considerar como categorías fundamentales o ahistóricas. No pueden ser evaluadas como una inferencia realizada a partir de un lenguaje privilegiado que se pudiese traducir a un léxico reconocible sólo por algunos seres humanos poseedores de un método correcto y exclusivo. El conocimiento no es más que una forma de interacción humana contextualizada. No se trata, para el pragmatista, de seguir enseñando a vérselas con categorías tales como condiciones a priori, leyes morales

⁷ Rorty, R., *Op. cit.*, p. 292.

eternas o verdades necesarias más allá del lenguaje. La dialéctica entre lo familiar y lo no familiar resulta análoga al círculo hermenéutico implicado en la comprensión de cualquier parte de la cultura, la lengua o las teorías. Esta concepción rortiana, como se ve, está más cerca de las tesis kuhnianas sobre el desarrollo de las teorías científicas que del sentido dado a la hermenéutica en las tradiciones europeas. La hermenéutica es tomada aquí como la intermediación entre discursos inconmensurables y no como un simple método particularmente apto para captar una realidad diferente a la que enfrenta la epistemología. De aquí el carácter particular puesto en evidencia por la hermenéutica y pertinente para nuestros fines: el reconocimiento de la finitud e historicidad de nuestros discursos y su no diferencia según el objeto de su interés.

Para el pragmatismo rortiano, el discurso normal representa sólo un grado importante del consenso social alcanzado en un dominio particular de la cultura, y mientras no se produzca, para decirlo en términos kuhnianos, una anomalía grave no debe ponerse en cuestión. He aquí una diferencia entre los postmodernos continentales y los postanalíticos norteamericanos. Mientras para los primeros todo concepto tradicional debe ser sometido a pertinaz crítica, para los segundos no se trata de vivir en una revolución permanente mientras no se den los signos pertinentes para reevaluar porciones de un lenguaje o partes de un léxico. La pedagogía pragmatista, desde esta perspectiva, considerará que las dos alternativas de los discursos, normales y hermenéuticos, son igualmente válidos para evaluar nuestras creencias y conocimientos. No se pueden formar pensamientos científicos con base en una de las dos, pues ello daría origen al dogmatismo y a la clausura de posibilidades de fusionar o abrir nuevos horizontes conceptuales.

En este sentido se estaría hablando de una forma de edificación, una autoafirmación humana o, en últimas, de una forma de auto-conocimiento del individuo. La conclusión rortiana nos lleva entonces a una especie de identificación entre edificación, educación y conocimiento. Este conocimiento no se toma, según el profesor Rorty, como una búsqueda de esencias humanas sino como la posibilidad de crear proyectos humanos para lograr una mejor descripción de nosotros mismos. En otras palabras, el intento de edificarnos a nosotros mismos y a los demás consiste en la actividad de establecer vínculos entre nuestra propia cultura y la de los extranjeros, entre nuestras creencias y prácticas, y otras prácticas y creencias. Consiste también en la actividad poética de elaborar nuevos lenguajes, nuevas disciplinas, nuevas metáforas. Aquí estamos de nuevo en el marco del sentido de la filosofía pragmática: contextualismo y pluralidad de discursos que se legitimen con criterios sociales.

¿Qué conclusión podemos obtener desde la perspectiva de esta modalidad de filosofía pragmática como parte de la postmodernidad? Creo que básicamente debemos retener la idea del trabajo filosófico-educativo como una práctica dirigida a crear y desarrollar una “retórica” que sirva para descubrir nuestra vida en términos más tolerantes e irónicos. De hecho, ésta es la caracterización del pragmatismo ofrecida por el profesor Rorty:

“La doctrina central del pragmatismo representa la propuesta de reemplazar la distinción entre apariencia y realidad por la distinción entre descripciones más útiles y descripciones

menos útiles de las cosas. Dicha doctrina supone que el progreso intelectual y moral no comporta la convergencia hacia la representación fiel de la naturaleza intrínseca de algo, sino más bien el hallazgo de descripciones cada vez más útiles de las cosas. Tales descripciones posibilitan modos de interacción con la naturaleza no-humana, y con nosotros mismos, que nos hagan cada vez más felices.”⁸

Como se ve, no se trata de una propuesta apocalíptica ni anarquista. Se trata de enfocar la educación desde una postura anti-esencialista que privilegie la libertad para crear así los campos de encuentro tolerante de los discursos plurales. Una consecuencia importante, que se puede inferir de las consideraciones expuestas, se centra en considerar la educación como un proceso básico de la sociedad donde se enseñe a los jóvenes a identificar los valores fundamentales, que son observados por su comunidad para posteriormente ofrecerles la imaginación, y no inculcando la verdad. Para el profesor Rorty, ésta es la enseñanza central de su héroe pragmatista John Dewey: se debe alentar el encuentro libre de opiniones responsables que establezcan los juicios verdaderos siempre abiertos a su revisión posterior. Esta actitud pragmatista no es ingenua: no se trata de liberarnos del mal, del pecado ni de la justicia a través de un mero consenso, es sencillamente la actitud política de un liberalismo que privilegia la libertad para que los individuos establezcan sus propios criterios sobre los conceptos antes señalados. No se trata pues de ofrecer los criterios verdaderos, atemporales y definitivos que guiarán la vida de los seres humanos. Tal como lo entiende el profesor Rorty, el objetivo de la educación podría ser estudiada como:

“la noción de que una especie animal toma control gradualmente de su propia evolución cambiando las condiciones de su ambiente y lleva a Dewey a afirmar, en buen lenguaje darwiniano, que ‘el desarrollo es en si mismo el fin moral’ y que proteger, sostener y dirigir el desarrollo constituye el ideal principal de la educación. Los críticos conservadores de Dewey lo acusaron de ser confuso, de no darnos un criterio de desarrollo. Pero Dewey observó correctamente que un criterio así reduciría el futuro al tamaño del presente. Solicitar ese criterio es como pedirle a un dinosaurio que especifique qué se requeriría para ser un buen mamífero o pedirle a un ateniense del siglo IV a. de C. que proponga formas de vida para los ciudadanos de una democracia industrial del siglo XX.”⁹

En otras palabras: la educación debe proveer las condiciones para que los individuos se reconozcan como miembros de la especie y herederos de los productos culturales más valiosos creados por la marcha temporal de la comunidad. No se debe persistir en una educación liberal tradicional donde la verdad es una meta sólo alcanzable por un reducido grupo de personas, que cambiarán su interés por la vida y la comunidad por un dominio conceptual que se aliena en la creencia de un sabe superior. Como consecuencia directa de esta crítica, el pragmatista establecerá una distinción entre modelos de pedagogía, según sean alentados por razones políticas. Así, para los izquierdistas tradicionales se trata de

8 Rorty, R. *Las Consecuencias del Pragmatismo*. Editorial Paidós, 1991, p. 13.

9 Rorty, R. *Educación sin Norma*. En: *Revista Facetas*. Nº 8, p. 45.

adoctrinar y regimentar las categorías del conocimiento, partiendo de una supuesta ley de la necesidad tanto en el mundo material como en el cultural. Por el contrario, para el liberal, y en especial para el liberal irónico, se trata de promover una educación en la que se defienda la conciencia de la libertad y la responsabilidad para que el sujeto pueda abrirse a nuevas posibilidades cognoscitivas. Aquí vuelve a insinuarse la impronta del carácter de John Dewey, para quien era primordial defender la conciencia de la libertad en la medida en que la verdad se cuidaría por ella misma.

Aún más: esta propuesta, si quiere ser realizada en su autenticidad, debe partir de la promoción de lo que el profesor Rorty denomina las “virtudes socráticas” del diálogo. Esta actitud privilegia la escucha del otro, la tolerancia frente a las opiniones y el entrenamiento en el cuidado de la toma de decisiones que puedan afectar a otros miembros de la comunidad. Como es natural, estas virtudes son consideradas actitudes morales y no procedimientos metódicos para alcanzar la verdad. Enfrentar otros discursos nos obligará, en esta nueva cultura postmoderna o postfilosófica, a entrenar el pensamiento en el arte de ofrecer ejemplos, hacer comparaciones, imaginar proyecciones de cosas hasta ahora irrealizadas, y, naturalmente, utilizar técnicas validadas para resolver problemas. A riesgo de ser reiterativos, hagamos notar que el énfasis en esta propuesta recae sobre la práctica social del diálogo y no sobre la supuesta posición de un método exclusivo y excluyente que disciplinadamente aplicado nos llevaría a la verdad objetiva. Por supuesto, inmediatamente se levanta una objeción contra esta propuesta pragmatista, y consiste en el rechazo a su fuerte carácter “etnocentrista” del cual el pragmatista no reniega, pues se trata justamente de inscribir y dar sentido a nuestras prácticas a partir del reconocimiento de la comunidad, el lenguaje y la historia.

Digamos, finalmente, que desde esta perspectiva la educación se convierte en una genuina actividad ética y no en una mera destreza metodológica propia de la educación liberal ilustrada tal como la defiende el profesor Searle. Por extensión, tendríamos que decir igualmente que la postmodernidad no es el reino del relativismo ni la sinrazón. Se trata, más bien, de asumir una perspectiva diferente sobre los conceptos tradicionales de la cultura; en particular aquel que desde la ética aristotélica se ofrece como respuesta a la pregunta sobre cuál podría ser el mayor bien al que podría aspirar un hombre y que se ofrece hoy, como ayer, con resonancias pragmatistas: la felicidad o bienaventuranza.¹⁰

10 Véase: Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. (1,2, 1095 a).

Posmodernidad y educación: ¿Qué está en juego?

Postmodernism and education: What does it imply?

Resumen. *El autor interpreta el pragmatismo defendido por R. Rorty como una variante más del cambio cultural denominado "Posmodernidad", e identifica y comenta algunas afirmaciones rortianas sobre el sentido de la filosofía y el pensamiento crítico que le permitan encarar los temores expresados por J. Searle sobre el posible irracionalismo ofrecido por los posmodernos en el campo de la educación. A fin de establecer un marco conceptual lo suficientemente amplio para desarrollar su tesis, el autor confronta dos de las múltiples distinciones ofrecidas sobre el sentido de la "posmodernidad" para criticar la epistemología como núcleo de las tareas de la modernidad occidental. Establecido dicho marco se da paso a algunas de las tesis de Rorty sobre el sentido que toman en su propuesta los conceptos de filosofía, razón y educación. Desde este punto de vista, la educación se convierte en una genuina actividad ética y no en una nueva destreza metodológica propia de la educación liberal ilustrada tal como la defiende Searle. Otra tesis complementaria del autor es que la posmodernidad no es el reino del relativismo ni la sinrazón.*

Summary. *For the author, Rorty pragmatism is another variation of that cultural change called "Postmodernism". He identifies and criticises some Rortian statements about the meaning of philosophy and of critical thought after which he can face the questions J. Searle has posed about the possible irrationalism springing from Posmodernism in education. Looking for a proper framework for this thesis, the author opposes two of the many meanings given to the term Posmodernism. He criticises the idea of setting epistemology as a nucleus to the tasks of Modernity for the Western. He then points out some concepts such as philosophy, reason, and education in Rorty's thesis. Education turns to be a quite ethic activity and not a new methodological skill as it was conceived in illustrated liberal education and shared by Searle. The author also states that Posmodernism is not the realm of relativism nor either of nonsense.*

Palabras clave. *Posmodernidad, pragmatismo.*

Key Words. *Posmodernism, pragmatism.*